

Y heme aquí, señores, conformado y dispuesto á elucidar la tesis cuya elección el mundo me sugiere y el Genio anatómico me enca-rece.

Á este propósito, séame lícito, Excmo. Señor, impetrar de V. E. la venia; del Claustro entero, el apoyo moral; del público, la confianza; y de unos y otros, que me cedáis momentáneamente el gobernalle de la común imaginación; porque vamos todos á salir incontinentemente de la ciudad Condal de 1878, para llegarnos, atravesando como el rayo dilatadas tierras y la espesura de más de tres siglos, á la ciudad de Pavia de 1544, á tiempo de asistir á una lección anatómica, en donde aprenderemos muchas cosas, que por cierto no son de Anatomía.

¡Imponente espectáculo para los vivientes de la época, con quienes nos vemos obligados á codearnos y revolvemos por el peristilo de improvisado anfiteatro, atragantado de gentío que, si no alcanza á ver con los ojos, se desgañita por ver con los oídos; y más que imponente para nosotros, raro, puesto que así lo regular como lo insólito, ha de parecernos todo nunca visto! Ocupa la cátedra un joven de poco más de veinticinco años, de tez morena, pálida por temperamento, pelo encrespado y breve, cerrada barba, cara juanetuda y sumida, labio revuelto é ingenuo, poblado ceño, cráneo grandioso, de cuadrada y alta frente, más que recta, amenazando derrumbarse sobre unos ojos grandes, de aquellos que parece echan amarrazas en quien miran, como para mejor fijar su idea dominante en la picada mar del pensamiento; y de todo en todo revelando un alma enamorada de la verdad en aquel punto y forma que separa, por una diferencia mínima en grado é infinita en calidad, la monomanía responsable del genio que inunda de gloria los ámbitos del orbe, de la monomanía irresponsable de los pobres vesánicos, que cubre de duelo el corazón de sus deudos y de humana miseria los manicomios.

Vesanius justamente, es decir, loco, apellidaba á ese joven el eminente Silvio su maestro, como para inferirle mortificación y descrédito, achicándose él mismo ante la Historia y privándose con tal ruindad de aquella paternal deleitación que, al contemplar el engrandecimiento del discípulo, remunera y glorifica los improbos cuidados del magisterio.

No tengo más que añadir: estamos en la cátedra de Andrés Vesalio, del inmortal creador de la ciencia anatómica.

Vedle animado, cual no se logra verle en parte alguna fuera de este sitio; y es que justamente está hablando de lo que día y noche le trae abstraído y mudo. Su discurso, de elegancia sobria, envuelve

á un tiempo exposición y crítica; sus argumentos, asestados á la Anatomía galénica, extráelos de las entrañas mismas del cadáver que sobre el mármol de la mesa demostrativa yace, y que, yerto é indiferente, á todo contesta la verdad, precisamente porque no piensa. Á la temprana edad en que véis á Andrés, y como si entreviera su prematuro y desastroso fin, acaba de dar á luz un monumento *infolio* de claro estilo, veraz exposición, honda doctrina, cuajado de preciosas y atrevidas figuras, entre las cuales ya despuntan, como tierno plantel, las representaciones teóricas y los cortes esquemáticos de la Iconografía moderna, y, para fin y remate de tan valiente obra, la más ingenua piedad anima el texto y las más graciosas viñetas capitales, alusivas al mismo, lo alegran y aromatizan. Esta obra «*De humani corporis fabrica*», es la fe bautismal de la verdadera ciencia anatómica, tan legítima hija del genio de Vesalio, cual Minerva lo fué del olímpico numen. Las contrapruebas con que afianza su crítica de la *novela anatómica* de sus predecesores, son sacadas del cuerpo de diversos animales que, vivos aún é inquietos, aguardando la oportunidad de declarar, vagan en torno á la mesa demostrativa, turbulentos y mal refrenados por los sirvientes de la cátedra, ignorando, así éstos como aquéllos, que con tan chocante intrusión de irracionales en el sagrado anfiteatro, echaba Vesalio de camino los verdaderos cimientos de la Anatomía comparada.

Tal genio y tal empresa son los que atraen á este sitio la muchedumbre de discípulos que os impiden ver claro lo que en el centro está pasando, y oír distintamente lo que el doctísimo joven está diciendo. Y reparad que estos no son discípulos de matrícula, sujetos á régimen disciplinario, sino concurrentes libres como el aire y que como el aire se precipitaron aquí; por el horror al vacío, sí; por el horror al vacío de conocimientos que hasta hoy reinaba acerca de nuestra íntima constitución física. ¿Veis aquel anciano y aquel mozo que reclinados contra una columna parece que devoran la palabra del maestro? Pues el viejo es un afamado jurisconsulto, mal avenido con la máxima romana que refiere al derecho todo humano y divino conocimiento; y es el joven un pintor que fué discípulo predilecto del ya difunto Leonardo de Vinci, y ahora acude á las lecciones del insigne anatómico, á fin de imponerse en los resortes de la forma y la expresión artísticas, con tal provecho que diz que ha colaborado con entusiasmo á la ilustración de la obra monumental del inclito disector. ¿Veis hacia el centro un grupo de hombres ya maduros, de acentuados tipos y que extáticos, absortos, parece que no atienden para mejor entender? Pues esos son la flor de los filósofos, los políticos y

los humanistas de la época que, atacados de asfixia intelectual, pues con ser grandes pensadores, fáltales materia nueva en que pensar, acuden á las lecciones de Anatomía de Andrés Vesalio, con una puntualidad y una aplicación dignas de nuestros *sobresalientes* de quince años, y en confuso barrunto presienten para más allá una crisis grave, trasluciendo algo parecido á Bacon y á Descartes. ¿Veis aquellos jóvenes imberbes que, allegados al maestro, tan pronto le auxilian en sus demostraciones, como toman nota de los mejores pasajes de su explicación? Pues aquellos son ya la semilla de la pléyade de ingenios que formará la escuela anatómica italiana, y cuyos nombres quedarán como apellidos vinculados á las partes más tenues y nobles del organismo, simbolizando el siglo de oro del progreso anatómico descriptivo. Doquier volváis la vista por este anfiteatro henchido de gentío, la diversidad de los tipos, la diferencia de las edades y la distinción de los trajes os revelarán que en él están representados todos los intereses sociales, todos los gremios letrados, todos los elementos pensadores, al poderoso incentivo de unas lecciones de *humani corporis fabrica*. Y para que no sea dicho que aquí falta representación de uno solo de los intereses sociales, reparad ahí aquel sacerdote capuchino, de cuyo rostro, anochecido por el batimento de sombra de la capucha, sólo los ápices de barba y nariz revelan vida, al choque de la claridad cenital, y que, abalanzado pecho fuera por un intercolumnio, sin más fiador que su diestra asida al pedestal vecino, no escucha, empuja la palabra del joven profesor. ¿Le divisáis? ¿Le veis bien todos? Pues aquel modesto fraile es un gran teólogo de perspicacidad aquilina que, viendo más claro que el inexperto Vesalio, y aunque participe de su entusiasmo y su afán de investigación, tiembla por la fe y por la ciencia el día en que, consumado y difundido á nombre del libre examen el Cisma que veinte años ha la militante Iglesia condenó, pueda la ciencia divorciada de la fe trocarse en malignidad, y la fe separada de la ciencia resolverse en intolerancia. Lo que Vesalio ignora y el nítido teólogo prevé, formará el testamento de esta época y el tema del gran conflicto de aquel siglo xix que por breves instantes hemos abandonado.

Mas observo que, en nuestro platicar, ha dado punto Vesalio á la lección del día, y que, mientras unos se agrupan en torno á la mesa demostrativa, con el natural empeño de apreciar más de cerca las partes anatomizadas, toman otros, ó desesperanzados de lograr su objeto, ó por no tener al par que nosotros mismos su interés puesto en los hechos concretos, sino en el espíritu del discurso y el carácter del acontecimiento, el partido de abandonar resueltamente

peristilo y sala, tribunas y platea de la corintia improvisada cátedra.

Llegada creo, pues, la oportunidad de retirarnos; y como sea muy violenta jornada, aun para la más poderosa imaginación, andar y desandar con eléctrica presteza tres centurias de paso, y ese viajar de extremo á extremo, sin alto en los medios, antes destruye que instruye, más cómodo y útil hallaréis que tomemos la vuelta andando; tanto más cuanto que, siendo en puridad la Historia un cementerio de ideas, mucho será que entre tantos y tan varios sepulcros como vamos á recorrer, no hallemos alguno á la sombra de cuyos sauces podamos tomar descanso, aliento y edificación saludable.

Ved, muy próxima por cierto á la cátedra de Vesalio, la tumba del Canciller Bacon. Pasémosla de largo si os parece; pues aunque es mucho el respeto que todos debemos á ese varón ilustre, no hay realmente, hasta llegar á Descartes, verdadero motivo de hacer alto para nuestro propósito. Dígase de Bacon lo que se quiera, nunca se logrará hallar en él más que un hábil afilador de instrumentos con aplicación á una industria que él nunca ejerció; un pensador que al recomponer para uso de los experimentadores el instrumento experimental, fué tanto y tanto lo que limó y pulió, que sin advertirlo dejó borrada del utensilio la marca de fábrica, dando con ello pie á que los cultivadores de las ciencias empíricas crean que ese instrumento metódico ha sido forjado y labrado en sus laboratorios de Física, y no en los altos talleres de la sana Metafísica, que es lo cierto; y, finalmente, un genio de cuya aparición no hay verdadera necesidad histórica; desde el momento que antes de él, y por lo tanto sin él, y en medio de la mayor anarquía filosófica y metódica, supo un Vesalio dar con el recto proceder de observación y experiencia.

Y como que, además de todo, nada influyó Bacon en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS, no nos duela haber pasado de largo sus venerandos restos, para venir á sentarnos unos momentos cabe la tumba del inmortal Descartes.

Es Descartes un genio como Napoleón I; no se parece á nadie. Esos genios sin par corren el riesgo de ser mal juzgados siempre; razón por la cual la precavida Historia no cierra su causa nunca, y sólo la deja sobreseída con la reservada fórmula de «sin perjuicio». Séame, pues, lícito presentarme á declaración.

Descartes fué un genio esencialmente militar. Resuelto, positivo, perentorio, conservó de la primitiva vocación y vida de soldado dos

cosas durante su vida de filósofo: su torvo semblante y su sable en el cinto.

Las dos capitales hazañas de Descartes, como pensador, fueron de una parte el «*cogito, ergo sum*», tremendo sablazo que, al romper la red de lucubraciones que aprisionaba el pensamiento, partió también, sin advertirlo, la cuerda maestra de la Filosofía ortodoxa, que mantenía en estrecha y expedita comunicación la mano de Dios con el último grano de arena del Océano; y de otra parte, su aplicación del Álgebra á la Geometría, que si fué precedente histórico y científico indispensable para la ulterior invención del cálculo infinitesimal, gloria del siglo xvii y motor del xix, fué asimismo otro sablazo que partió la unidad inconsútil de las líneas curvas en una multitud convencional de rectas; es decir, que en lo uno y en lo otro procedió como el vencedor de Dario á la vista del nudo gordiano: cortando la verdadera cuestión, no resolviéndola.

Por manera que relativamente á estos dos grandes golpes, debiera apellidarse á Descartes, no precisamente «genio creador» en el sentido de que acertó á ver lo que otros no vieron, sino antes bien «genio militar del progreso», en el concepto de haber pasado solo, caballero en su propia fogosidad y sable en mano; el *punte de Belascoain* de la asediada Naturaleza, al frente y buena pieza por delante de la columna cerrada de investigadores del siglo xvii.

Por lo que dice, sin embargo, al «*cogito, ergo sum*», fué éste un tajo que dejó decapitado á cercén el cuerpo de la naciente Anatomía. Y en efecto, proclamada la existencia positiva del sujeto, en virtud del nuevo criterio fundamental de verdad, consistente en «la idea clara y distinta» de la cosa puesta á juicio, resultó que si se afirmaba del alma propia, por la percepción íntima, y de la de nuestros semejantes, en fuerza de la congruencia entre sus palabras y nuestro propio pensamiento, congruencia que argüía la existencia de otro ente pensador dentro de los demás hombres, quedaban *ipso facto et eodem principio* tenidos por absolutamente desalmados así los brutos como las plantas: *de donde*, el automatismo ó vitalismo animal cartesiano, como una consecuencia ineludible;—*de donde*, á su vez, la necesidad de reconocer, por una invencible analogía, un automatismo ó vitalismo animal humano, distinto de nuestra alma y á ella subordinado;—*de donde* la tan célebre cuanto baladí hipótesis del oficio de la mal llamada glándula pineal, y el nombre técnico de *frenos* de la misma que aún conservan las raíces blancas que ésta toma, en lo alto de la especie de zaguán cerebral conocido por «ventrículo medio»;—*de donde* el carácter espúreo, no sólo por lo heterodoxo, sino

también por lo *heterosófico*, de todas las formas de vitalismo médico post-cartesianas, incluso el del mismo Stahl;—*de donde* la necesidad de tantos artificiosos artificios al estilo de la *armonia prestabilita* de Leibnitz, y tantos vanos esfuerzos empleados más tarde para probar, ora que los animales son piedras intrincadas, ora que las piedras poseen animación, ora que las cosas son concreciones de ideas, ora que las ideas son sublimaciones de cosas;—*de donde*, la dispersión del público que llamaré *vesalino*; de aquel auditorio representante de todos los intereses filosóficos y sociales, que acudía á la cátedra del joven médico de Carlos V, á libar con ansia las sabrosas enseñanzas que sus labios vertían;—*de donde* el abandono de la anatomía á los médicos, para que éstos á su vez la relegaran á los cirujanos;—*de donde*, finalmente, el lamentable absoluto divorcio entre los cultivadores de las ciencias morales y los investigadores de las ciencias físicas.

Ya veis, señores, que el machetazo, que no entimema, cartesiano, si no acertó á consolidar su legitimidad, alcanzó al menos á acreditar el puño de Descartes, al dejar partida en dos pedazos por la violencia del golpe la escala de Jacob de la doctrina ortodoxa, por la cual ya en el siglo XIII discurría, con la celeridad y el gracioso aplomo de un ángel, el que lo fué de las escuelas: el crítico de críticos, el teólogo de teólogos, fray Tomás de Aquino.

La vigil Iglesia fué la primera que se dió cuenta de lo tremendo de aquel descalabro, que resolvía la locura filosófica del siglo XVI por el peregrino recurso de cortarle la cabeza á la cuitada loca; mas ante la ingenua piedad del alma y la recta intención del brazo de Descartes, contuvo aquélla los rigores de un aperecibimiento.

Esta paternal tolerancia no aminoraba, sin embargo, la gravedad del siniestro. Filósofo es el hombre por naturaleza; para él constituye el filosofar una necesidad moral, y pues la Filosofía es, como tendencia, la resolución del problema de la naturaleza y la finalidad del ser en sí, resulta que la *integridad de contenido* es la condición esencial del verdadero filosofar; y no hay, por tanto, Filosofía posible como en ella falten Dios y la mitad moral del hombre, ni la hay tampoco aceptable, donde no se contengan la mitad material del hombre y el resto del universo mundo, y justamente, rota en dos pedazos la escala filosófica de comunicación de lo uno con lo otro, si pretendemos discurrir por el tramo superior que péndulo queda, sólo podemos pasar de Dios al alma humana y repasar de ésta á Dios, y si pretendemos discurrir por el trozo inferior, caído al suelo por su propia pesadumbre, sólo alcanzamos un vano discurrir, pues por más que pasemos

del cuerpo humano á las arenas del mar ó á las estrellas del cielo y de éstas á aquél, nada obtendremos en definitiva, porque en puridad, por caídos peldaños ni se sube ni se baja.

Confieso, señores míos, que Descartes me tiene, como suele decirse, el corazón robado; que á él, como á Pascal y á Goethe, no me basta admirarles, sino que no sé qué diera por haberles conocido y tratado con verdadera intimidad; sin embargo, no se dirá de mí que á la hora de juzgar de sus ideas la pasión me ciega el conocimiento.

Rota quedó en tal guisa, por un alarde de independencia intelectual, la escala filosófica de las categorías científicas en ocasión justamente en que ya crujía, por efecto de un alarde de otro linaje de independencia, la escala jerárquica de las categorías religiosas y con ella la íntima paz de las naciones.

Servios volver los ojos á vuestra espalda, y allá, hacia el Norte, aquende y á la siniestra mano de la cátedra de Vesalio, contemplad entre-agrisada por el azur del ambiente, una tumba que parece una iglesia, junto á una iglesia que semeja una tumba; aquéllas son la tumba y la iglesia que respectivamente contiene cuerpo y alma de Martín Lutero. Seis años después de nacido Andrés Vesalio y setenta y seis antes de venir al mundo Renato Descartes, había tenido lugar la excomunión mayor del fundador de ese templo y actual habitante de ese triste sepulcro.

Determinar la positiva influencia que la relación entre el protestantismo, definido y simbolizado en todas sus variantes por esos restos que os señalo, y el cartesianismo en todas sus derivaciones, ejercerá más adelante en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS, diera pie á uno de aquellos temas accesorios que, al igual de la novelita de *El curioso impertinente* en el Quijote, ni está en su lugar, ni cae en la justa medida de la extensión episódica. Privándome, pues, del gusto con que desenvolvería tan socorrido tema, ante el mayor y más legítimo de proveer á vuestra conveniencia, aténgome á suplicaros no olvidéis la simple consignación que acabo de hacer, y á ofreceros que abandonando este sitio donde hemos tomado suficiente aliento, emprendamos de otro tirón la vuelta á nuestra querida Barcelona del siglo XIX, á tiempo de terminar la apertura universitaria de su año septuagésimo-octavo.

Echemos adelante, examinando al paso tan sólo aquello que directamente á nuestro propósito interese.

Dicho está que á la muerte de Descartes quedó rota la escala de la

Filosofía, y que esta interrupción imposibilitaba el tránsito de Dios al universo y de éste á aquél, lo propio que del alma al cuerpo y de éste á aquélla, puesto que el lugar de la partición, recayendo en mitad del compuesto humano, dividía á éste en dos entes distintos: uno espiritual y otro animal, gratuitamente admitidos y científicamente inadmisibles.

Esta situación no podía ser definitiva; pues dada la tendencia filosófica en el hombre ingénita, poco debía de tardarse en compensar esta solución de continuidad de la materia del conocimiento. Dos solos partidos en lo humano quedaban: uno, materializar el espíritu; otro, divinizar la materia. He aquí los respectivos papeles que en la Historia del pensamiento desempeñan Locke y Spinoza: el primero, ensayando la reducción de la inteligencia á meras sublimaciones de la sensibilidad; el segundo, intentando fundir todo lo existente y posible en el solo y absoluto ser, á quien llamó Dios por no exonerar á la sustancia única del más excelente de los tratamientos sustantivos.

Tan cumplidamente desempeñaron estos dos fecundos pensadores su misión de albaceas testamentarios del cartesianismo, que en casi todo lo restante de nuestro camino, ya ninguna novedad capital nos ha de sorprender; pudiendo, sin reparo, pasar de largo la serie de los mausoleos de Malebranche, Leibnitz, Hume, Condillac, Kant y Fichte, sin volver hacia ellos nuestros ojos, como no sea para honrar su recuerdo con el respetuoso acatamiento y el cordial deseo de beato descanso que su genio, su afán por contribuir al progreso de la humanidad y la buena fe que debemos atribuirles, se merecen. Cada uno de esos jefes de escuela, ó repite y agrava el postulado cartesiano, ó bien sustenta una variante de Spinoza ó de Locke. Es menester llegar á dos insignes poetas razonadores, Goethe y Hegel, para dar con un giro filosófico que, por su novedad en el pensar moderno, influya de un modo decisivo en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS.

Durante este largo período, las ciencias físicas, una de las creaciones del inmenso Descartes, no se daban punto de reposo, y en manos de Leibnitz, Newton, Huyghens, Halley, Bernoulli, Euler y tantos y tantos inspirados y perseverantes cultivadores, el impulso que recibieron fué bastante vivo para imprimir en sus resultados, aparte del carácter experimental que conservaban como dominante, un sello de precisión matemática ya notable, sobre todo en lo tocante á la gran Física ó Mecánica astronómica.

Empero las ciencias naturales, si al par de las físico-matemáticas

avanzaban, no lograban salida para sus productos, quedando estancados en los almacenes de sus anales por falta de una doctrina en que tomar fletamento para el comercio filosófico; porque la verdad es que, á despecho de los trabajos de Buffon y sus sucesores, la Historia natural no era en aquella época gran cosa, más que un inacabable inventario de plumas y escamas, y uñas y dientes, y hojas y estambres, y estigmas y pétalos; inventario que, en rigor de ciencia, no era por sí solo más que un rigor de paciencia, incapaz de arrojar de su seno ningún resultado, ni especulativo ni práctico; y, por su parte, la Anatomía comparada reducíase á otro análogo registro de músculos, huesos, entrañas, vasos y nervios, desprovisto de todo humano sentido de aplicación. Por manera que cualquier espíritu superficial, incapaz de reflexionar que el racional trabajo nunca resulta inútil, hubiera dicho que esas ciencias venían á ser como ligera y fútil labor, adorno y pasatiempo de afeminados ingenios.

Por otra parte, los cultivadores de las ciencias de observación, alejados como vivían del terreno candente de las luchas político-religiosas, conservaban el verdadero candor que tanto cuadra á la investigación de la verdad; y mientras los filósofos heterodoxos se mostraban exasperados al ver lo intransitable que el imperio orgánico se mantenía en uno y otro reino, con su *quid ignotum*, como misterio científico, y su *quietismo* en las especies, definido por la mosaica cosmogonía y confirmado por la experiencia común, puesto que sólo atravesando esa cordillera de misterios de la vida era dado llegar á la identificación de lo físico y lo moral, muy sin cuidado transigían los más de los naturalistas con esta doble dificultad, por faltarles, ya el interés en acometerla, ya la esperanza de dominarla.

Para salir de ese desequilibrio entre el exceso de material y el defecto de ideas, necesitábase la chispa del ingenio, y el chispazo brilló en dos distintas cabezas y con matices luminosos de recíproco complemento.

Agonizando estaba la pasada centuria cuando dos de sus preclaros hijos, los aludidos poetas razonadores Goethe y Hegel, se mostraron resplandecientes de prestigio y gloria; el primero persiguiendo la *idea* en la misma realidad, y el segundo entonando la epopeya de la evolución de esa *idea* en la mar sin riberas y el tiempo sin horas del infinito. Artistas entrambos ante todo, sobre todo y en el fondo de todo, pero artistas estratégicos, de la estofa de que suele Alemania producirlos, fué su canto la voz de las tendencias militantes de su

época. Y como la hora de la revolución prevista desde hacia un siglo por Leibnitz era llegada, y su influjo, trascendiendo á todas las esferas, debía asimismo trascender á la Anatomía, he aquí que en un pestañear de Saturno, de un lado Goethe esboza en dos teorías correlativas la reducción de todas las variantes vegetales al prototipo «hoja» y la de todas las variantes del armazón animal al prototipo «vértebra»;—de otro lado Hegel, convirtiendo la Filosofía en Historia y el contenido de ésta en una sola acción realizada por un solo ser, la «Idea», da pie á que el ideal orgánico de Goethe sea explicado por reducción á un mero incidente episódico de la evolución de esa «Idea», ó Absoluto, en el tiempo y el espacio, quedando con este solidarismo de las teorías de Hegel y Goethe, formulada la identificación de todas las especies naturales en un solo arquetipo ideal histórico;—Lamarck, tomando pie de la metamorfosis de los insectos, da como un hecho real ese ideal histórico, no reparando en que si la larva se transforma en ninfa y ésta en insecto perfecto y luego los huevecillos que éste pone no dan insectos perfectos sino otra vez larvas, no se ha hecho con tantas mutaciones más que bajar de un salto de la altura á que con tanta pena se subió;—Cuvier pone en orden y pie científico los restos y las muestras fósiles de especies irracionales ya extinguidas, á las cuales más tarde, contra la presunción de los primeros naturalistas, agrega Boucher de Perthes los primeros despojos descubiertos del hombre prehistórico;—Bichat crea la Anatomía general, es decir, resuelve los accidentes particulares de los órganos en los caracteres comunes de su organización;—Schleiden y Schwann animan esta generalización metódica de la naturaleza de los tejidos orgánicos con la teoría experimental que reduce á su vez todos los tejidos animales y vegetales al proto-elemento constitutivo y generador «célula»;—todas las dificultades á la reposición de la escala filosófica por sólo el esfuerzo y la industria de nuestra razón, sin que la mano del Eterno la afiance por el peldaño superior, parecen disiparse como nocturna neblina al remontar del sol de estío;—Schelling apremia, de otro lado, á los idealistas con un sistema filosófico más, mientras del suyo Augusto Comte, obcecado de impaciencia hasta al extremo de caer en la aberración mecánica de que el vapor del entendimiento, puesto en absoluta libertad, daría más trabajo útil que refrenado por la contraposición de los principios racionales, lo suelta abriendo de par en par todas las válvulas, y llama al destatinado rugir de los escapes «Filosofía positiva»;—Krause, menos enérgico, propone, en lo más recio del desorden, un sistema filosófico en que, á condición de renunciar todo el mundo á su pudor intelec-

tual, todos los pareceres se acomoden y reconcilien en una que llamó «Unidad armónica»;—entretanto el ignorado Mayer sienta los fundamentos de la Termodinámica que, de una sola conmoción científica, coloca en sus asientos la Física universal, dando pie á la resplandeciente «teoría de las fuerzas constantes», que abarca en simplicísimo concepto la ecuación mecánica del Universo entero;—y sólo falta que Bunsen y su compañero de enterramiento experimental salgan, como en efecto salen, á enseñar con su espectrómetro el modo de reconocer sin falla la composición química de las más apartadas nebulosas, cuya teoría mecánica quedaba por lo visto construida;—y, por vías bien diversas de éstas, un centenar de pacientes anatomistas aclaran de día en día los secretos de la evolución embrionaria, y la simplifican reduciéndola á la teoría de las fuerzas constantes y á la idea hegelio-gœthica, y son éstas y aquéllas aplicadas por los psicólogos anglo-positivistas á los fenómenos anímicos y sociales, bajo un sentido determinista.

Hasta aquí todo ofrece, aun el mismo error, cierto carácter científico; empero la Política urge, el tiempo vuela y apremia, la teofobia tuerce y violenta el criterio final de la investigación; si no fuese por el secreto de la vida y la fijeza de las especies, la idea de Dios resultaría demostrativamente innecesaria; ensáyese pronto la generación sin padres, ó *natura sponte*; «fórmese un musgo», grita la impaciente Política de partido, «y él hará verdadera la estatua de »Condillac, la Divinidad inconsciente de Hegel y la secularización »de Roma: ¡pronto! ¡ea! ¡vivo! y á la distinción de las especies y á la »escala de Jacob habremos sustituido la escala de asalto del progreso, »y sin Dios en el cielo, ni Pontífice en Roma, ni alma en el cuerpo, »seremos libres!»

De improviso una claridad como de fuego de Bengala alumbró el mundo de las ideas; á orillas del Támesis un hombre por todo extremo agudo, perseverante y experto ha dado en el secreto de la vitalidad que anima la corteza terrestre: su nombre es Darwin; su libro, «El origen de las especies»; su punto de partida, el de Lamarck; sus pruebas, fascinadoras; su principio, «la lucha por la vida»; su ley histórica, «las proto-especies madres»; su ley genética, «el espontaneismo»; su ley potencial, «el hábito de la acción»; su Lógica, la perfección del ladrido; su Ética, el poder del hambre; su Estética, la fruición de la hartura; su Derecho, la consumación del hecho; su Metafísica, la Física; y su Teología, la absoluta inutilidad del Ser Supremo.

Este es, señores, el momento en que la idea anatómica, bajo la enseña del transformismo orgánico, toma una actitud resueltamente invasora, y trascendiendo al Dogma, á la Filosofía, á la Enciclopedia, á la Política, aspira á sojuzgarlo todo en nombre del ateísmo.

Y sin embargo Darwin es el heredero directo del piadoso Vesalio, muerto *ab intestato*; y tras un largo juicio de testamentaria sale á lucir su patrimonio, acrecido con el interés compuesto de más de tres siglos.

Empero para que se vea que la Historia, como el rui señor, nunca repite sus pasos por semejantes que parezcan, ni los inventa al capricho por nuevos que al oído suenen, observad que Darwin representa á un tiempo el último estrago del sablazo cartesiano que dispersara el auditorio de Vesalio, y la campana de llamada al aula que convoca nuevamente á aquel mismo auditorio á reanudar las lecciones. Mas ni el maestro, ni la lección, ni el lugar, son iguales, porque han pasado sobre trescientos diez años. La enseñanza, en vez de concentrarse en la Anatomía y Fisiología humanas, versa sobre Anatomía y Fisiología trascendentales; el lugar no es el hemiciclo de Pavia, Bolonia ó Pisa, sino todo el hemisferio culto del mundo.

Al través, sin embargo, de estas enormes diferencias, no pueden ser más peregrinas y exactas las semejanzas. En Darwin, como en Vesalio, la Anatomía no se especializa, sino que se da sin limitación en sus aplicaciones; en Darwin, como en Vesalio, el interés médico sólo forma una parte del total interés; en Darwin, como en Vesalio, la novedad de la doctrina produce una crisis científica; en Darwin, como en Vesalio, el alma está *tota in corpore toto*; sólo que el alma ortodoxa de la Anatomía del primero es la causa íntima que da forma y acción á la materia, y el alma de la Anatomía darwinista es el mito llamado actividad de la materia que, á fuerza de actuar, recibe forma por extrañas influencias; en Darwin, como en Vesalio, se modifica la Anatomía humana por la comparada; en Darwin, finalmente, como en Vesalio, se fijan todas las miradas y se conmueven todos los intereses; sólo que Vesalio excitaba la curiosidad de los individuos y Darwin agita la suerte de las clases. Aquel anciano jurista del anfiteatro de Pavia es el Derecho moderno, trabucado por el determinismo y el despotismo, consiguientes á la escuela anatómica hoy dominante. Aquellos silenciosos filósofos humanistas y políticos que tanta importancia daban á las enseñanzas anatomo-fisiológicas del protegido del invicto Carlos, son hoy el espíritu histórico invadido por el fatalismo, el espíritu económico empedernido por la legitimación

del egoísmo y el espíritu político sofisticado, so color de libertad, y reducido á la lucha de los partidos por la subsistencia propia, no por el bien de la patria, y encaminado al más lógico despotismo; todo en virtud de esa «lucha por la vida», que se da como causa y efecto del desenvolvimiento de los individuos, y causa y efecto, á su vez, del de las sociedades; y, finalmente, los barruntos de aquel sabio capuchino que con tanto interés seguía la palabra del creador de la ciencia anatómica, son hoy la alarma de la Iglesia, cuya cabeza visible, á duras penas entrevista bajo el capuchón del Vaticano, no disimula la alarma y el duelo que en su ánimo promueve el desatado influjo del anatomismo darwinista.

Alemania, la que presume de gran maestra del pensamiento, abdica de sus creídos derechos, para hacer vestir á sus sabios la librea del ilustre sofista inglés; para ella ha sido poco apresurarse á vaciar en el molde del transformismo toda la literatura científica natural; el espíritu de Lutero, sintiéndose próximo á su fin, instituye á la Anatomía moderna en su heredera de confianza, y no cesa de repetir al oído de los escritores alemanes: «¡No os detengan preocupaciones de orgullo nacional; no las gloriosas tradiciones filosóficas; no la conciencia de que atentáis al porvenir de la misma libertad política! Por mí sois lo que sois; yo muestro y Roma subsiste; proclamad á Darwin, que esto es lo que conviene á la causa del partido.» Y Alemania obedece á esa voz, como en su día obedecerá á la de Moltke, militarmente; y después de haber aplicado el anatomismo darwinista á todas las materias y todas las cuestiones, lo proclama por boca del ingenuo, profundo y eruditísimo Hellvald, como criterio para la misma *Filosofía de la Historia*; pero por tan honrada manera, efecto de la independencia de su carácter, que, en la Introducción á la citada obra, declara sin vacilar que no se formen ilusiones sus compañeros de ideas materialistas con respecto al porvenir de la libertad; pues los principios transformistas, que él cree ciertos, sólo conducirán al más inclemente despotismo.

En el resto de Europa, y singularmente en Italia é Inglaterra, el anatomismo transformista cunde por demás, y á cada nueva publicación del fecundo é intencionado Darwin, sucede una ratificación acentuada en la idea y una exaltación sensible en su propaganda.

Exactísima medida dan, señores, estos hechos del VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS EN EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO; medida cuya determinación me había propuesto como tema, y, si se

tiene en cuenta que no me he reducido á buscarla como por tanteo, de una manera empírica, directa, sino que á su estimación he llegado por un examen filosófico é histórico de los valores precedentes que han preparado el actual, atrévome á esperar que aceptéis esta valoración, no como un dato inerte, meramente curioso é instructivo, y menos aún arbitrario, sino como un dato real, dotado de fuerza viva que, por lo tanto, permite, en virtud de la consideración de su pasado y su presente, justipreciar su ulterior paradero.—Sólo de esta suerte podía, á lo que se me alcanza, ser oportuna y eficaz la elucidación de semejante tesis en una solemnidad universitaria.

Ahora bien: ¿este VALOR ACTUAL DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS es definitivo?

Hasta aquí dejé por punto general que hablaran por mí los hechos; mas al llegar á esta pregunta, mi contestación no puede salir de la esfera de un dictamen personal. Concededme, pues, unos brevisimos instantes de prórroga de vuestra atención, preciosa de suyo y por mípreciada, y emitiré mi parecer franco y cumplido; ya que con ser mío, no hay que prometérselo sabio, ni aguardarlo indeciso.

Tiene la marcha del error su símbolo en el proverbio del hijo pródigo: su vuelta al paterno hogar es siempre exhausta de caudal, mas siempre rica en experiencia. Haced memoria, si no, y habrá de representárseos la inmensidad y la preciosidad de conocimientos é invenciones que el mundo debe á las falsas doctrinas, y asimismo echaréis de ver, con el libro de la Historia en las manos, que si el error muere, subsisten en cambio sus positivas conquistas; de suerte que la humanidad viene á ser como un viajero muy sereno y astuto que, lejos de dejarse desbalijar en su camino, antes al contrario, ella despoja á sus salteadores y no les quita la vida, en la seguridad de que un día ú otro se morirán por sí solos, porque en parte les compadece.

Y es que, en puridad, la *sinrazón absoluta* ni ha tenido ni puede tener éxito nunca, y cuando vemos que el error alcanza algún predicamento, claro es que lo debe á un tanto que contiene de verdad en sus motivos.

El hecho que nos ocupa en este discurso no es más que un caso particular de esta ley histórico-filosófica. Así, en el actual VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS hay que deslindar cuidadosísimamente dos opuestos factores: uno, lo que vale el error de la tendencia que lo ha determinado; otro, lo que vale la verdad de los motivos que le han dado ocasión.

De lo primero, ó del error en sí, nada debo añadir á lo ya expuesto en el cuerpo de esta oración: tanto el alma cartesiana, posada en la cabeza del individuo, á guisa de fuego de San Telmo en la punta de un palo maestro, cuanto el alma de los Condillac, resultado al par que la luz eléctrica, del *enfocamiento* de nuestras actividades químicas, son, francamente, concepciones que no resisten un serio examen, ni menos aún el paralelo con el alma *totius substantia*, informadora de todo el cuerpo individual y fuerza viva de todo su mecanismo. Mas, por lo que atañe á lo segundo, ó sea, á lo que vale la verdad de los motivos que han dado ocasión al anatomismo contemporáneo, debo consignar que diez años antes que Carlos Darwin escribiera y que el positivismo psicológico inglés causara estado filosófico en las obras de su jefe Herbert Spencer, ya en la reducida esfera de mi cátedra me lamentaba *in extenso*, durante las lecciones que bienalmente doy de «Introducción á la Medicina y á los estudios anatómicos», cuanto pudiera ahora repetir, á serme dado dilatar mi discurso. Aquí sólo diré, por vía de sustancial apuntamiento, que si en buen hora las dos facultades antropológicas de la Clínica y del Foro hubiesen procurado, mediante una clara idea de su objeto y de su interés, así en lo que tienen de respectivo, como en lo que tienen de común, acercarse á pesar de Descartes, como era debido, y no separarse desde Descartes en adelante, como si á la puerta del médico fuesen á llamar los muertos y á la del jurisconsulto las almas del purgatorio, no se hubieran acentuado de siglo en siglo, ni ese divorcio perjudicialísimo al buen servicio social, ni esa tendencia insensata á completar cada cual en su limitado terreno, por cuenta propia y común riesgo, un sistema antropológico independiente. Ahí está, sí, ahí, la raíz del mal, y no en Darwin: que no es razón dar por sistema toda la culpa de lo malo á lo presente y la libre absolución á lo pasado. Ahí está la verdad de los motivos que legitiman en parte el anatomismo contemporáneo: la Fisiología, menospreciada por los psicólogos, resolvió en su despecho ocurrir por sí sola á sus necesidades, y, como por falta de preparación y hábito de la mayoría de sus cultivadores está desprovista de sentido psicológico ó subjetivo, ha debido acaecer que al formar una psicología objetiva, no sólo ha obrado mal, sino que, no hallándose en situación de conocerlo, cree haberlo hecho á la perfección; bien como el sordo de nacimiento, á quien se antojara cantar, que no sólo desafinaría, sino que no había de ofrecernos humano medio de labrarle el convencimiento de lo detestable que resultaba su pretendido canto.

Apyado en estas consideraciones, á grandes rasgos sustanciadas,

opino: que del actual VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS quedará íntegro y definitivo el de su material intromisión en todas las ciencias de objeto antropológico, pues que con ello se corrige un error histórico y se satisface una necesidad actual, y desaparecerá, marchito por el universal desprestigio, el valor intencional teofóbico que ha promovido y realizado aquella intromisión. Más breve: tratándose de un mal que ha venido por bien, confío que antes que expire el siglo se habrá consolidado el bien y habrá desaparecido el mal.

Quizá se me objete (y por cierto con grandes visos de fundamento) que esa tendencia que ha dado tan gran valor á los estudios anatómicos, no desaparecerá, siendo, como es, la propia tendencia materialista, que lejos de llevar traza de desvanecerse, antes al contrario se arraiga de día en día en los corazones. Mas á esto replicaré yéndome al fondo del asunto, en primer lugar, que el materialismo no es un sistema nuevo, sino el más antiguo que se conoce, y que en la misma obra maestra de «Historia del materialismo» del justamente renombrado Lange, donde quiera que éste trata de convencerme de que dicho sistema ha aparecido en el mundo muchas veces, yo resulto convencido de que ha desaparecido otras tantas, y veo además, que siempre ha desaparecido, como dentro de pocos años desaparecerá, por el cansancio de sí mismo; y en segundo lugar, que el materialismo de por sí no me inmuta, por la sencilla razón de que no creo siquiera en su existencia como especial sistema, y sobre este particular séame lícito, antes de dar punto á mi discurso, transcribir, casi al pie de la letra, lo que en otro reciente é inédito, relativo á distinta cuestión, tuve el honor de exponer, quedando aún incontrovertido mi razonamiento.

Esté razonamiento helo aquí:

Yo no puedo admitir distinción de panteismos.

Todos los sistemas filosóficos posibles, de carácter absolutamente humano, ó que para nada cuentan con la revelación, son fácilmente reductibles á uno solo, bajo la denominación de *panteísmo*. La análisis de dichos sistemas en sus conceptos posibles, *ontológico*, *histórico* y *metódico*, demuestra la verdad de lo que dejo enunciado.

En el concepto *ontológico*, la palabra «panteísmo» resulta vacía de sentido; pues por más que Dios sea absoluto, su noción es para nosotros relativa, lo propio que espíritu (ó idea) y materia; por lo cual la unidad de sustancia implica imposibilidad de especificación de cuál sea ésta, y, en consecuencia, nulidad de nombre, por indeterminación de la cosa.

Por este concepto, pues, no hay más que un *panidentismo*, ó identidad del todo, sin naturaleza definible de ese *todo*, por ser absoluto, por falta de relación.

Por el concepto *histórico*, el ser en su evolución no puede tomarse más que en singular ó en plural; si lo primero, caemos otra vez en la unidad anónima de substancia, ó sea en el *panidentismo*; si lo segundo, esa pluralidad de substancias, no consintiendo que sean todas absolutas, obliga al dualismo de Criador y criaturas, y ya nos salimos de la filosofía absolutamente humana en demanda de un complemento de revelación.

Finalmente, por el concepto *metódico*, una de dos: ó soy escéptico, ó soy positivista; en el primer supuesto, no dando ningún crédito á mis sentidos externos, me quedo solo conmigo, como única cosa conocida, y en este caso yo soy todo, y como no sé qué cosa soy, si materia ó espíritu, pues que soy el todo, caigo de lleno en el *panidentismo*; mientras que en el segundo supuesto voy á parar al propio resultado por contrario camino; pues como tan sólo á mis sentidos externos presto asenso, y ninguno á mí como positivo ser, y los sentidos no me dan más que materia, y si todo es materia me quedo sin concepto especial ó relativo de «materia», restándome en su lugar el concepto absoluto de unidad de substancia ó identidad anónima del todo: dígaseme si por contrario camino no me precipito igualmente en el *panidentismo*.

De todo lo cual resulta que la verdadera cuestión de fondo no consiste en si domina el materialismo, ó si renace el idealismo, ó si medra el escepticismo, ó si torna el positivismo: no, mil y mil millares de veces; la verdadera cuestión de fondo está en la tendencia pía ó impía, benigna ó maligna, sumisa ó díscola que informa las ideas dominantes; y en este terreno, en las últimas profundidades de la cuestión, debo persistir en augurar, y á mis riesgos auguro, lo propio que á flor de tema auguré, y es que Europa, atacada de verdadera nostalgia de caridad, se está ya disponiendo á una reacción benigna y pía.

Y pues creo, Excmo. Señor, haber precisado el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS EN EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO, investigando los orígenes históricos, los motivos filosóficos, los elementos reales y los intencionales y el presumible remanente de este valor, habiendo puesto por lo tanto la mayor diligencia en presentarlo como una fuerza viva de la Ciencia y la Sociedad que nos cir-

cundan, no tengo más que añadir sino la expresión de mi profundo agradecimiento á esta asamblea por la benévola atención con que me ha honrado; la cual por cierto no me ha de envanecer, pues como de filósofo no tengo más que mi insaciable sed de conocimiento, acontéceme que, doquier fijo la vista por el mundo, desde el sabio al ignorante, del grano á la hoja seca, del cielo al mar, del rey al pordiosero, yo no alcanzo á encontrar más que maestros.

HE DICHO.

DISCURSO SOBRE LOS ELEMENTOS GENERALES DE CIENCIA

CON APLICACIÓN AL MÉTODO EN MEDICINA (1)

SEÑORES (2):

Ya habéis oído el puntual relato que nuestros queridos colegas acaban de haceros, de los orígenes y la formación de este *Instituto médico*, á fin de que conozcáis cumplidamente cuál es su filiación, cuál es su historia, desde el día en que el espíritu le concibiera, hasta la hora presente: punto final de su periodo preparatorio y principio solemne de su mayor edad, libre, libérrima.

Sin duda que esto basta al *Instituto médico* para que en el ejercicio de su vida corporativa le quede asegurada la consideración pública, sin que nadie ose atribuirle bastardo origen; ya que en el orden académico, una entidad que cuenta por padres la aspiración al progreso y el sentimiento de dignidad nacional, sin mezcla alguna de adulterrino intento, bien puede llevar erguida la cabeza y disfrutar tranquila la plenitud de derechos que la ley le otorga. Mas si lo expuesto basta al *Instituto* para salir satisfecho del hogar paterno sin que le quede nada que reclamar del Espíritu que le dió el ser, éste, por su parte, se siente aún obligado á cumplir para con su hijo con un deber de altísima transcendencia. Es menester, señores, hablar del porvenir.

(1) Oración inaugural presidencial, leída con motivo de la instalación del Instituto médico de Barcelona.

(2) En este exordio el autor se refiere á las *Reseñas* histórica y económica, leídas anteriormente, en la misma sesión, por los doctores Giné y Hereu.

Y aquí permitidnos que rindiendo tributo á un sentimiento, el más puro y desinteresado, nos entreguemos por un instante á esa indefinible mezcla de duelo y gozo, que extasia, no ya sólo al padre á la vista de su hijo emancipado, sino á todo autor al ver desprendida de su blanda y benévola tutela la obra que concibió, y que un día contempla concluida y en vías de ser enajenada. Próximos á resolvernos, cual anexos ya inútiles á la vida del *Instituto*; en visperas de transformarnos en simples socios, como tal es nuestro deber, y por lo mismo nuestro leal deseo, no sólo sentimos más vivo que nunca aquel hondo afecto, si que también más que nunca nos parece digno de consideración y excusa; ya que á todo ser, ya que á la misma llama le es dado concentrar su fuerza, momentos antes de extinguirse, como para afirmarse en su existencia. Siendo esto así, razón de más, señores, este verdadero afecto que profesamos al *Instituto* para legitimar las reflexiones que nos permitiremos dirigirle.

El espíritu organizador lega al *Instituto*, en su Reglamento, toda la libertad intelectual posible, y es lógico que á seguida le explique cómo y hasta dónde entiende que es posible esta libertad intelectual. Se trata, pues, de definir una cosa de la que el Reglamento constituye un simple enunciado. Este complemento lógico de nuestra misión, más que un deber directo, forma un deber reflejo: se trata de cumplir para con nosotros mismos; ya que si mañana el *Instituto médico de Barcelona* degenerase ó se enervase en vagas y fútiles elucubraciones, conviene que se sepa que su mal fué adquirido, no congénito, pues nació de indole sana y complexión robusta, como todo lo que viene de rectas, probas y claras intenciones, y de una paternidad que sabe llenar su cometido hasta el último término de su jurisdicción. Por otra parte, la deferencia y la tolerancia con que de seguro acogeréis nuestras apreciaciones, bastarán para que nos quedéis desobligados, por lo poco ó mucho que en si valgan la solicitud y la actividad empleadas en infundir vida á este naciente Cuerpo.

Dada esta explicación, justificado nuestro último paso, entremos en materia.

I

Introducción

Es empresa difícil hasta lo sumo la de poner en orden los pensamientos ajenos, cuando el desconcierto general es tanto que apenas se basta uno para evitar la confusión en los propios. No parece sino

que un vértigo de originalidad se ha apoderado de las inteligencias en lo que atañe á puntos especiales del saber, como son la Medicina y las ciencias sociales y políticas, verdadero campo de Agramante, en donde cada cual milita por su cuenta y riesgo. En cuanto á Medicina, es cierto que no estamos ya en aquellos tiempos en que un hombre solo, llamándose inspirado de la verdad, y desplegando al viento el oriflama de sus imaginaciones, arrastraba en pos de sí la mitad del mundo médico, cuando no todo, concluyendo por conquistar la soberanía. Cayeron los Dux, cayó la oligarquía médica, es cierto; mas tambien lo es que la tiranía humana encierra tanta vitalidad, que al venirse al suelo hecha añicos, engendra en cada añico un tiranuelo; y así es que nos hallamos en plena anarquía médica, con toda la tentación que causa la vista de un solio vacante, y sin la debida virtud para atenernos al móvil justo que empujó la revolución filosófica moderna; revolución inútil desde el momento en que á la autoridad caída subplantemos la pasión, demagógicamente entronizada; y es, señores, que á cada cual, en el fondo de su pecho, se le hace tarde el ser Rey. Ya no habrá más Boerhaave, más Brown, más Broussais; es probable; pero las nulidades ambiciosas no ven el momento de escalar el solio y cubrirse con el manto de la Verdad, á trueque de la efímera vanagloria de aparecer soberanas un instante. Al fin ese regio manto, á puro de codiciado ha sido hecho jirones, y cada demagogo muestra un jirón, y cada jirón tapa, mal encubierta, una miseria humana. El arbitrio del eclecticismo ha facilitado grandemente el paso del camino real de la verdad á los atajos y vericuetos del interés propio; se ha hecho ya de moda ajustar las convicciones á las conveniencias, y quien de buena fe busca á los suyos, no sabe donde están, con tan extrema división de banderías; y en esto cunde la insensatez en la ciencia y el recelo entre el vulgo, y así estamos; y es el caso que así no se puede estar.

Si la palabra *saber* significa algo más que *entender*; si también significa posibilidad de entenderse, es necesaria la subordinación de la Razón individual á una norma fija; y más aún para entre aquellos hombres que se consagran á una misión tan ardua, como lo es la de conservar la misma vida humana; porque de otra suerte, ante el vulgo que sabe bien que no hay más que un principio de razón y un principio de verdad, no hay modo hábil de legitimar nuestras chocantes disputas, perdiendo la Medicina en consideración por sus veleidades, lo que de sobra se merece por la dignidad de su propósito. Hora es ya de que se busque y fije no el *criterium tutissimum*, no el criterio mejor, sino el *Criterio único* de toda ciencia; pues mientras

la multitud filosófica se crea autorizada, así para defender el más torpe de los dislates como para recusar la más obvia de las pruebas, sin más que apelar á aquel tan traído y llevado arbitrio de que *todo es cuestión de apreciaciones*; mientras se haga del asenso y del disenso á la verdad un simple resultado de impresión en vez de serlo de una ley inmutable del sentir humano, no hay modo de entenderse, ni menos de asegurar el progreso real de la Ciencia y del Arte; y de abuso en abuso, y de exceso en exceso, acabaremos por sujetar la verdad al capricho y confundir el *saber* con el *querer*, último extremo de absurdo imaginable.

Remediar este mal no incumbe á la Medicina, ni menos á esa cosa abortiva que se ha dado en llamar Filosofía médica. ¡Desdichada la ciencia que se jacta de tener su filosofía! El correctivo de las transgresiones científicas ha de venir de la Filosofía fundamental; pero es el caso que el mal radica en ésta por no reinar aún entre los filósofos la debida formalidad. Mas como quiera que en el orden de las cosas que atañen al dominio exclusivo de la Razón es la Filosofía la primera autoridad, sólo ella puede ser correctivo en todo ramo del saber, y sola ella puede ser correctivo de sí misma. He aquí por qué el trabajo que os dedicamos es esencialmente filosófico: tan persuadidos vivimos de que á la Medicina se la ha de reformar sin hablar una palabra de Medicina.

Quizá ni nuestro deseo, ni aun el incentivo que debía ser para nosotros la ocasión de esta solemnidad, hubieran bastado á romper el silencio en que vivíamos y en que nos habíamos propuesto persistir todavía por algún tiempo; mas en ésto, y en vías de inauguración el *Instituto*, llegó á nuestras manos una brillante *Memoria* escrita por un joven y distinguido profesor, tan allegado á nosotros, que fuera indiscreción mentarle, y cuyo tema era: *De la necesidad lógica de ampliar los estudios anatómicos*. Este grito de alerta, arrojado tan de cerca de nuestra tienda, nos llamó seriamente la atención; era la tesis de esa Memoria nada menos que un elemento dispuesto de la cuestión total, cuya solución teníamos en la mente.....; de otra parte, acercábase el día de esta solemnidad; era preciso hablar, hablar algo.....; y es el caso, señores, que ya aquel escrito había prendido el fuego en nuestra organización moral; ya no era tiempo de vacilar; ya era necesario venir á hablar *de la Cuestión de Principios*.

Trátase de determinar los Elementos generales de Ciencia y de fijar su aplicación al método en Medicina; cuestión ardua, esencialmente filosófica, y que venimos á dilucidar impulsados por un conjunto de circunstancias que ha triunfado de nuestro habitual silen-

cio. Paga, pues, hoy nuestra voluntad tributo á nuestro templo, una vez sola, tras largos años de tenerle á raya. Ignoramos hasta qué punto corresponde en este *Discurso* el resultado al esfuerzo; no nos compete calificarnos. Nuestro fué el producirle, vuestro será el juzgarle. Servíos, pues, penetrar con nosotros en ese mundo donde las cosas no se miden ni pesan; en ese lugar misterioso, mansión oculta de la Conciencia.

II

Análisis de los elementos psicológicos y de los principios racionales de Ciencia.—Entendimiento.—Razonamiento.—Sentido racional.—Axiomas.

Vamos penetrando, fija la atención siempre en el objeto de nuestras investigaciones, que aunque abstracto de suyo, y por lo mismo algo penoso, es en cambio el único origen de riqueza que lleva el hombre en sí propio. Sea nuestro primer objeto examinar, con la calma debida, el importante fenómeno de la producción de certeza, porque el asunto merece la pena. El nuevo y decisivo rumbo que han tomado las cosas, desde Bacon, no se debe, por cierto, á un matraz ni á una retorta: se debe á una cabeza humana; y si un día se trocaron la Astrología en Astronomía, la Nigromancia en Física, la Alquimia en Química, y la Psicología vino á tomar plaza entre las ciencias de observación, fué porque en cada uno de esos objetos del humano saber llegó á reflejarse la luz de la Razón misma. Esta lección histórica bastaría por sí sola para persuadirnos de la importancia que tiene el estudio de las facultades del espíritu humano, como preliminar obligado de todo procedimiento científico, si á tal olvido de nuestra dignidad personal se llegase, que fuera necesario recordar al hombre que en él residen el principio y el instrumento de todo saber y la facultad de exponerse á la contemplación de sí mismo, como objeto inmediato de la más rigurosa, sólida é inagotable experiencia. No nos duela, pues, emplear el tiempo en la disposición y arreglo del instrumental científico: que también la razón se embota y desgobierna con su continua aplicación al mundo exterior, siendo la reflexión el acto solitario que la rehabilita y ordena para nuevas empresas.

Entre las nobles facultades del Espíritu humano se cuenta el Entendimiento, y es la Ciencia su peculiar objetivo. Ávido de ver-

dad, forma el discurso su adecuado medio, la experiencia su acomodo, el pasado y la certeza su único fin. Vive subordinado al integral de la Razón, y asociado, por tanto, al sentimiento y á la voluntad del Espíritu, quien en su unidad esencial, si comporta división, á título de procedimiento de estudio, es en la realidad de su ser uno, idéntico, indivisible. Atañe al Entendimiento, en la puridad de su acepción, la adquisición de nociones, la formación de conceptos, la producción de juicios y la ordenación del discurso, siendo la Lógica la norma de todos sus actos.

Mas el hecho de entender es independiente del asenso ó del disenso dado á la cosa entendida, pues para la inteligencia de una proposición cualquiera, no es necesario que la tomemos por realmente cierta ó falsa: basta tan sólo que la juzguemos susceptible de prueba. Así, por ejemplo, si se nos dice «que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que dos rectos», entendemos la proposición tan claramente como si se nos dijese que es «igual», ó bien que es «mayor»; y, sin embargo, de estas tres proposiciones, cada una de las cuales es perfectamente entendida, como susceptible de prueba, sólo una es verdadera y digna, por tanto, de nuestro legítimo asenso. Si en lugar de proposiciones de orden racional puro, elegimos como ejemplo proposiciones empíricas, el resultado será el mismo. Sean los dos enunciados empíricos «el nitrato de plata es soluble en el agua», «el nitrato de plata es insoluble en el agua». Cualquiera de ellos es claramente inteligible, á pesar de que sólo uno contiene la verdad del hecho que la experiencia nos demostrará. He aquí que pudiendo las proposiciones ser entendidas sin ser demostradas, sean verdaderas ó falsas ellas en sí, resulta que la operación intelectual, pura, no implica el hecho de la adquisición de la verdad, sino el simple conocimiento de una relación que se propone á título de probable; y como quiera que una relación probable lo mismo puede ser verdadera que falsa, y que una relación falsa lo propio puede hallarse entre los términos de una proposición que entre las proposiciones de un silogismo, resulta claramente que en todas formas la Lógica puede conducir al error. Mas, esta aserción, probada ya por Aristóteles en su *Dialéctica*, y reconocida por Descartes en su incomparable *Discurso sobre el Método*, sólo constituye la mitad de lo que importa saber acerca de las operaciones del Entendimiento, con relación al hecho de la certeza; conviene añadir y patentizar que si la lógica puede conducir al error, en cambio, sin la lógica es imposible llegar á la verdad; ó en otros términos: que el acto intelectual es el preliminar necesario de la certeza. Aquí conviene fijar, ante todo, *las condiciones generales de que*

depende el hecho de ser entendida una proposición. Estas condiciones se reducen á dos: una que está en el Espíritu, y otra que es inherente á la proposición misma. La primera, ó *condición psicológica*, es la noción clara de los términos del enunciado, como elementos primeros del entendimiento; esta condición que en todo rigor es lógica, porque versa sobre la definición de los términos, la denominamos no obstante psicológica, porque al fijarla no nos referimos á la definición en sí, sino al estado de conocimiento ó de ignorancia que de ella tenga el espíritu, ora de quien propone, ora de quien recibe la proposición. La condición segunda, ó *lógica*, consiste en que no sean racionalmente incompatibles los términos cuya relación se enuncia. Con el concurso de estas dos condiciones, una proposición es inteligible, y cabe prueba ulterior sobre su verdad ó falsedad. Mas, si falta una de las circunstancias, ó si faltan entrambas, entonces la proposición es ininteligible, y por lo tanto no es verdadera ni falsa, ni tan siquiera es proposición; y aunque el espíritu se forme ilusiones de haber *entendido*, lo que hizo, en todo caso, fué desnaturalizar el concepto de los términos, para hacer posible la relación, tomándolos como compatibles; lo cual, lejos de introducir la inteligencia del *enunciado*, constituye un esfuerzo para *desentenderse* de sus términos; acto contraproducente en el orden lógico. Nos hemos detenido sobre este asunto, y hemos presentado dividida en dos la condición realmente única á que está sujeta la Proposición para ser entendida, porque la práctica nos enseñó que las malas inteligencias derivan unas veces de ignorancia de los términos, otras veces de mala fe empleada en el enunciado de su relación; de suerte, que teniendo el error dos orígenes diversos en la realidad de la vida social, siempre será útil conocerlos distintamente, á fin de prevenirlos en nosotros, y atacarles fuera de nosotros. El hombre que viene y nos dice: «*la circunferencia de círculo es un polígono infinito*», ó no tiene noción clara de los términos de esta proposición, ó si la tiene relaciona mal, á sabiendas, unos términos incompatibles; mientras que por su parte el que atiende á lo enunciado, ó posee bien los conceptos *circunferencia y polígono*, en su incompatibilidad implicada en sus definiciones, y demostrada por el cálculo infinitesimal, en cuyo supuesto no puede entenderse la proposición; ó bien no tiene idea clara de dichos términos, en cuyo caso tampoco la entiende en realidad; pero puede caer en el engaño de haber oído una frase racional y corriente, cuando en rigor no ha hecho más que percibir cierto ruido láringeo, producido por unas palabras que nada dicen; como párrafo de imprenta compuesto por un cajista ciego ó mal intencionado.

En este vicio lógico está el secreto de la facilidad con que el hombre que posee conocimientos, puede abusar, y por desgracia abusa muchas veces de la opinión pública, prevaleándose de la incompetencia vulgar sobre la acepción rigurosa de los términos técnicos; y á más mejor cuando se discurre sobre ciencias médicas ó sociales, en las que la inteligencia de los términos exige, por ser indefinibles muchos de ellos, no poca dosis de leal entender, aun en el seno mismo de los Cuerpos competentes. Contra este mal, que se va haciendo epidémico, el régimen preservativo que observamos consiste en no admitir como entendida ninguna proposición de cuyos términos no tengamos concepto claro; por más que al primer golpe nos seduzca, cual seducen los ruidos gramaticales que aprenden ciertas aves, que de pronto nos causan la ilusión de pájaros racionales.

Queda, pues, probado: primero, que la Lógica puede conducir al error; y segundo, que sin la Lógica es imposible llegar á la verdad. Lo primero nos hará cautos en el procedimiento; lo segundo reivindica los derechos del arte lógica á la privativa, como preliminar de certeza, pues si no forma un instrumento seguro de buen acierto, constituye, al menos, la condición formal de todo conocimiento.

Hasta aquí tenemos analizado uno de los tres elementos constitutivos de la Ciencia, cual es el acto lógico ó intelecto en acción; y pues éste se reduce á una sola condición formal, independiente del objeto certificable, se hace forzoso buscar en otra parte la Facultad del asenso y del disenso. ¿Será quizá alguna forma de la *Voluntad* la que pase en autoridad de cosa cierta los productos del entendimiento? No. La verdad es tan independiente de nuestra voluntad, que tanto si queremos como si no, lo cierto, cierto queda; y la misma conciencia nos grita que contra la verdad no valen voluntades. Esto nos lleva á reconocer que el hecho de la certeza es debido á un acto del *Sentimiento*, la tercera de las facultades del alma. Ahora bien; el hecho de la certeza, ¿á cuál de los modos de sentir del alma compete? Ni es el hecho de conciencia, ni lo es de percepción, ni de memoria, ni de imaginación, ni de fantasía, ni mucho menos de pasión ó exaltación del apetito moral..... Es, señores, un sentimiento adecuado á la visión de las cosas intelectuales; un verdadero *Sentido racional*, cuya función empieza por el apetito de verdad y concluye por la adquisición de la certeza. Los pueblos llaman lisa y llanamente á esta facultad *Sentido común*, como para expresar que es la norma del común consenso; pero los filósofos le han llamado con varios nombres, como son: *sentido práctico*, *sentido moral*, *instinto racional*, *sentimiento de evidencia*, *buen sentido*, etc.; variedad que, si en

rigor no afecta la naturaleza misma de la cosa, revela, al menos, que no ha habido mucha claridad y conformidad en el concepto que de ella se han formado los autores. Importa, pues, deducida ya la especie á que pertenece esta facultad, determinar rigurosamente sus caracteres individuales de una vez, y de tal suerte, que jamás pueda ser, ni suprimida, ni duplicada, ni confundida con otra alguna en los textos.

Por lo que toca á su naturaleza, llamamos á esta facultad, con preferencia, *Sentido racional* ó *Sentido común*; lo uno porque indica la indole de sus funciones, y lo otro, porque expresa el carácter específico de sus acuerdos. Por lo que dice á sus funciones, el Sentido racional recibe en evidencia la verdad de dos maneras: mediata ó inmediatamente.

Las *verdades mediatas* las acepta y sanciona á favor de un procedimiento lógico-discursivo, y en este sentido puede decirse que la Lógica es la perspectiva de la verdad. Si esa perspectiva es engañosa, el sentido yerra; si la verdad no tiene perspectiva, el sentido no la ve; en el primer caso se produce el sofisma; en el segundo, la verdad queda oculta por falta de enunciado. De aquí que en muchos hombres viciados en el discurrir, llegue la *facultad de evidencia* á degenerar, por el hábito de ver mal, hasta el punto de hacerse inepta para la visión de lo más obvio; aunque por fortuna del hombre y de su especie, nunca llega á caer en verdadera amaurosis; podrá costar corregirla, podrá á veces hacerse indispensable la intervención de medios violentos para rehabilitarla; mas siempre es curable. Es, pues, la Lógica-arte, el medio por el cual el *Sentido racional* se apercibe de las verdades mediatas, siendo éste el que á su vez debe compulsar (por las verdades de la Lógica, en tanto que ciencia) la legitimidad del discurso, como práctica lógica. De suerte, que en materia de razonamiento, no tiene el espíritu más preservativo que la mayor ó menor sagacidad del *sentido racional* y la suficiente sangre fría para advertir, ó hacer advertir, la mala posición de los objetos que se eleven á su sanción. En conjunto, estos dos elementos generales de certeza *mediata* se corresponden en la propia relación en que se hallan los dos elementos jurídicos, á saber: proceso y fallo; actos distintos de una sola función y de un solo principio de Justicia, sólo sujeto á error á condición de error en el proceso.

Las *verdades inmediatas*, ó evidentes por sí, son las que constituyen la materia adecuada á la acción directa y característica del *Sentido racional*; de suerte, que para juzgarle bajo el punto de vista de sus funciones peculiares, conviene fijar el carácter de las verdades

que acepta sin proceso. Esas verdades evidentes por sí, deben reunir, para ser legítimas, tres condiciones: primera, ser universales; segunda, ser aceptadas sin prueba; y tercera, ser incontestables, ó lo que es lo mismo, no admitir demostración ni réplica, rigurosamente lógicas, y si tan sólo mera explanación. Estas tres cualidades que asignamos á las verdades inmediatas, como condición de su legitimidad, se contienen en la simple denominación de *Verdades necesarias* y constituyen á nuestro ver la regla fija, no sólo para juzgar instantáneamente de la validez de aquellas que admitimos, ó del estado de aptitud de nuestro *sentido racional*, si que también para reconocer, á primer golpe, los vicios fundamentales de cualquiera opinión, cualquier sistema, cuyo valor nos convenga aquilatar; más breve: una norma segura y pronta de criterio y de controversia.

Fácil es algunas veces tomar por evidencia inmediata la mediata, ó susceptible de prueba, si es que el procedimiento lógico se nos pasó desapercibido, al pronto, por su misma rapidez; mas en este caso, un ensayo de demostración será la piedra de toque; si la proposición la admite, la verdad que trae es producto de operación intelectual.

Dado que los tres caracteres de la verdad de evidencia inmediata se contienen en el concepto claro y distinto de *verdad necesaria*, no hay para qué extendernos en legitimar los tres caracteres analíticos; bastará una explanación sobre el carácter sintético ó de *necesidad*.

Que «una cosa no puede en un mismo tiempo ser y no ser», el espíritu lo acepta como verdad: 1.º, en el supuesto de existencia de cosas creadas; 2.º, en el de simple posibilidad de creación de esas cosas; y 3.º, aun en la hipótesis de que sólo quede en pie, en toda la redondez del infinito, la Causa primera; pues aun entonces ella sería idéntica, por no ser dado concebir que á un tiempo fuese y no fuese. He aquí un ejemplo de una verdad *necesaria*, ó comprensiva de toda posibilidad, lo que equivale á ser universal, evidente, sin prueba é incontestable. De esta suerte de verdades, la experiencia ha sido la causa ocasional, de ningún modo la causa eficiente, pues vemos con toda claridad que está en la esencia individual y específica de nuestro propio Espíritu el ser apto para conocerlas, y arreglar á ellas su conducta, desde los primeros albores de la infancia. Y si el enunciado de una verdad inmediata contiene algo que implique contingencia, búsquese y se verá que esa contingencia no está en su forma, sino en la realidad de los términos á que la aplicamos. Así, cuando decimos que un individuo no puede estar vivo y muerto al mismo tiempo, se entenderá que esto es verdad necesaria, en cuanto lo es que

una cosa no puede á un mismo tiempo ser y no ser, lo cual constituye el principio de necesidad.

De esta explicación resulta el concepto claro y distinto de lo que se debe entender en toda ciencia por principios universales ó *Axiomas*; mas, en realidad, de esto no se desprende que tales verdades sean las únicas que formen la competencia directa del sentido racional. Apuremos, pues, este análisis. Un particular, como tal, no constituye una verdad, sino en tanto que el sentido racional presta asenso, en principio, á la facultad por cuyo medio aquel particular se adquiere, siendo ese principio evidente por sí. Concretémonos al hecho de Percepción. El vulgo jamás podrá persuadirse de que la facultad de percepción sea esencial y normalmente ilusoria, y si no puede dudar de la veracidad de los sentidos, es porque el concepto de *ilusión* externa, ó engaño sensitivo, está en relación forzosa con el de *realidad* externa, que implica resultado veraz de los mismos sentidos en su ejercicio normal; en cuyo supuesto, ó la facultad perceptiva no es nada, ó no puede al mismo tiempo ser y no ser normalmente veraz, lo cual se resuelve en el principio de contradicción. Analicemos esto y veamos si es la percepción de los particulares, ó si es el asenso dado en principio á la facultad de percibir, lo que legitima ante el espíritu la verdad del mundo externo. Confiados vivimos en los sentidos, hasta que llega un caso de aberración. ¿Y quién le califica de tal? No es por cierto el acto perceptivo; pues versando sobre un particular acusado al sensorio, no puede hacer más que percibirlo distintamente, sea ó no conforme con la realidad. Observemos con atención el acto interno de sospecha de una ilusión óptica, y descubriremos una operación intelectual, latente, rápida, provocada por el sentido racional, en virtud de una verdad evidente por sí, á la que reduce el producto de una serie de razonamientos críticos. Así, por ejemplo, tenemos por cierto que vemos la luna, porque tenemos por cierto, en principio, que los sentidos externos dan la realidad; mas si un día percibimos unos puntos negros que volitan por el área iluminada de aquel astro, suspendemos el asenso, pedimos auxilio al raciocinio, y por un acto lógico-puro ó lógico-experimental más ó menos complejo, acabamos quizá por acordar que aquellos puntos negros son producidos por un vicio del órgano de la visión. En el hecho supuesto por este ejemplo, la simple percepción sólo nos hubiera acusado un objeto lunar: la experiencia y la memoria, dando de sí lo que pueden, nos habrían asegurado que aquello era *nunca visto*; el entendimiento y la imaginación nos hubieran prestado medios para anunciar, describir y dibujar aquellos corpúsculos lunares

volitantes, y henos aquí con un descubrimiento de los que con tanta sal y pimienta se burló Lafontaine en su discreta fábula de «*El animal en la Luna*»; fábula que, según consta, fué inspirada de un hecho garrafal de esa catadura, ocurrido en sus tiempos. Mas el *Sentido racional*, que virtualmente asiste á todo acto del Espíritu, porque con decir que es una facultad ya se comprende que es una de las potencias ostensibles del Espíritu mismo; ese sentido racional es el que suspende, para un particular dado, el asenso que todos le merecen en principio; y si lo suspende, es en virtud de una gran repugnancia entre lo percibido y alguna verdad evidente por sí, por la cual comienza, concluye y juzga aquel caso particular y concreto, mediante un verdadero acto de suspensión del régimen moral ordinario.

Cuanto más nos hemos fijado en la observación y en la experimentación psicológicas sobre estos fenómenos que acabamos de analizar, más clara hemos visto la extrema sencillez de la ley económica de procedimiento racional, basada en la reducción del asenso sobre los hechos y las cosas particulares, al asenso inmediato prestado á una verdad evidente por sí; procedimiento no sólo fácil de comprobar por la atención á los actos de nuestra conciencia, único proceder legítimo en materia psicológica, si que también muy claramente transparente en los actos y determinaciones de los niños, desde los primeros albores del discernimiento. Decidle á una tierna criatura, en la más sencilla frase que ella pueda entender, que el objeto que tiene delante no está allí; en su infantil sencillez se vuelve alternativamente al objeto y al autor de la proposición, y á falta de respuesta intelectual, le arroja con su risa la expresión nativa del sentimiento del absurdo. Es el *risum teneatis amici*, en la lactancia; y lo más importante de observar es que mañana, si no hoy mismo, aquel ente moral, de cuerpo tan diminuto, os devuelve el mismo absurdo sobre un caso, no idéntico, sino análogo; advirtiéndole que no hay más origen intelectual de analogías sobre particulares, que el sentimiento racional de la identidad de la regla. Este es uno de los innumerables fenómenos á cuya observación se presta el hombre «*á teneris unguiculis*»; y este, y vaya de paso, es el modo como las madres, sin sentirlo, enseñan á sus hijos el mecanismo secreto de la mentira.

Resulta, pues, de cuanto llevamos expuesto, que en el seno del Espíritu humano todas las autoridades sobre verdad se resuelven en el sentimiento de evidencia. Consideradas las cosas de este modo, conforme con la observación, aparece en todo su improceder aquel sempiterno cuestionar de los dialécticos, sobre cuál de las verdades inmediatas era el mejor criterio de verdad; lo cual vale lo mismo que

si en materia de percepción discutiésemos sobre si es más garantido ver un pino que ver un caballo; cuando lo cierto es que la garantía y condición del ver estas y otras cosas está en la vista.

Hagamos aquí un alto: demos un momento de reposo á la abstracción, ya que llevamos andado todo este trecho y convertido en terreno llano tan escabroso sendero: luego, un empuje más y llegaremos á la cima. Hemos estudiado el *Entendimiento*, en cuanto á la naturaleza y á la norma de sus actos; le hemos relacionado con el *Sentimiento* para la sanción de ellos; hemos determinado, de una manera clara y distinta, la naturaleza específica del *Sentido racional ó común*; analizado sus funciones y los caracteres de las *verdades necesarias ó Axiomas*, que constituyen su objeto inmediato; y con añadir á todo esto el hecho incuestionable de la intervención de la *Voluntad*, en todos los actos de investigación científica, habremos redondeado el más riguroso análisis del hecho de la certeza, sin haber perdido de vista ni un momento la unidad real del Espíritu humano: operación difícil, pero á la cual se presta eficazmente el mismo Espíritu por su natural condición. Analizarle es lo que en realidad cuesta esfuerzo; sintetizarle, no: se parece á una tira elástica cuyos cabos nos empeñamos en separar, estirándola con violencia; pero que cuando la soltamos, luego al punto recobra por sí misma la forma que le es propia. ¡Ojalá fuera tan eficaz el cuerpo humano en su recomposición sintética! mas no es lo mismo reintegrar un conjunto que restablecer una unidad: en esta parte es menester confesar que el psicólogo le lleva mucha ventaja al anatómico.

Repuesta ya, señores, la fuerza de abstracción, concluyamos la parte analítica de este discurso.

No faltará quien, á pesar de todo lo antedicho, quizá pregunte: pero ¿es cierto que hay esas verdades evidentes por sí? ¿No será tal vez el admitirlas un empeño en conservar antiguallas, un resto de deferencia á la autoridad, ó falta de vigor de algunos para seguir el vuelo de las ágiles del genio? ¿Hay verdades racionales de tal fuerza que se sustraigan á toda demostración? Las hay; sí, las hay, y bendicidas sean á nombre de la razón y del progreso. Y no tan sólo es cierto que hay verdades evidentes por sí, sino que hasta cabe demostración rigurosa de que *necesariamente debe haberlas*. Y pues las verdades no pueden ser aceptadas sino por sí, ó por demostración, no nos queda más recurso para convencer á quien duda de las primeras, que imponérselas por las segundas. He aquí un caso de iner-

cia visual, curada por la excitación metódica de la luz.—Analicemos.

Todos los juicios asertóricos, ó de ciencia constituida, son convertibles en dos especies, á saber: Definiciones y Propositiones. Por las primeras se dan los límites de un concepto; por las segundas se anuncia la verdad de una cosa.

Una Definición, rigurosamente lógica, es la limitación de un concepto por la enunciación de su género próximo y su diferencia específica. Siendo esto así, resulta que tanto si seguimos por la vía ascendente, como por la descendente de las categorías genéricas, sus extremos no admiten definición; el género primero por no tener otro superior, del cual sea especie; y las cosas individuales por no constituir especie, sino últimas diferencias.—Por otra parte, los términos ó palabras, en tanto que signos, no se definen, sino que se explican, y siendo necesario para la explicación del significado de un término emplear otros términos de significación conocida, conforme remontemos en la serie de las palabras de una lengua, hemos de dar al fin, necesariamente, con términos inexplicables por otros; sólo explicados por sí. Queda, pues, demostrado que antes de toda definición explícita de un concepto, existen en el Espíritu humano conceptos y términos implícitamente definidos y explicados, á los cuales llamaremos *Conceptos y términos primeros*.

En cuanto á la Proposition, su contenido debe ser probado, porque está en su índole lógica el ser probable, y entonces una de dos: ó la verdad enunciada se prueba por reducción á otra, que á su vez lo fué á otra, *et sic de cæteris*, hasta que llegamos á una que tiene por prueba su simple enunciado; ó bien se expone la verdad por deducción de otra, que á su vez está contenida en otra, *et sic de cæteris*, en el supuesto forzoso de que la exposición se inicia por una verdad de tal naturaleza, que ninguna otra, en el orden científico, la contenga.

Véase, pues, cómo hay términos primeros y principios axiomáticos, ó necesariamente ciertos, tan extrínsecos á toda ciencia y tan obligados preliminares de ella, como extrínseco y preliminar es, con relación á este Instituto, el pensamiento que lo concibiera. Estos principios son el apoyo de la Razón común é individual; su hallazgo atañe á la Filosofía, á nombre del sentido racional; á la Ciencia constituida sólo le corresponde el usufructo; no puede removerlos, ni aumentarlos, ni destruirlos; son su precedente histórico y nada más. Para respetarlos le basta considerar que á ellos debe su ser, su paz y su progreso.